

EDUARDO CAVIERES FIGUEROA
PEDRO PÉREZ HERRERO
(Coords.)

HISTORIA Y PROSPECTIVA

PROGRAMA DE ESTUDIOS IBEROAMERICANOS PEI*SUR
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE VALPARAÍSO
INSTITUTO UNIVERSITARIO DE INVESTIGACIÓN
EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS, UNIVERSIDAD DE ALCALÁ
FUNDACIÓN CHILE-ESPAÑA

Marcial Pons

MADRID | BARCELONA | BUENOS AIRES | SÃO PAULO
2020

ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
PRESENTACIÓN.....	11
I. HISTORIA	
¿QUÉ NOS DICE EL PASADO SOBRE EL FUTURO?	
EN PROSPECTIVA: LA TRANSICIÓN PRESENTE-FUTURO, ¿ROMPIENTE O <i>CONTINUUM?</i> , <i>Eduardo Cavieres Figueroa</i>	21
1. Los dilemas del análisis: el futuro ya está en el presente	23
2. Prospectivamente: ¿cómo nos imaginamos el futuro? ¿Tenemos tiempo para hacerlo?	26
3. Conclusiones en movimiento: una prospectiva en marcha	32
Referencias bibliográficas	35
HISTORIA Y PROSPECTIVA EN TIEMPOS DE GLOBALIZACIÓN, <i>Pedro Pérez Herrero</i>	37
Introducción.....	37
1. Estudios de prospectiva y escenarios de futuro.....	38
2. La importancia de la historia para imaginar posibles futuros alternativos.	44
3. Una nueva forma de narrar la historia	57
Referencias bibliográficas	64
II. HISTORIOGRAFÍA	
NO PODEMOS EVITAR LOS RELATOS DEL PASADO, PERO ¿PODEMOS INTERROGAR AL FUTURO?	
POSIBILIDADES DE CONFIGURACIÓN DEL ACONTECIMIENTO HISTO- RIOGRÁFICO: ENTRE LOS RELATOS DEL PASADO Y LAS INTERRO- GACIONES DEL FUTURO, <i>Jaime Vito Paredes</i>	71
1. ¿Podemos interrogar al futuro?	71

	<u>Pág.</u>
2. No podemos evitar los relatos del pasado.....	73
3. Reeducación de las formas de continuidad entre el presente y el pasado.	75
4. Historiografía y ciencias sociales: nuevas articulaciones entre el pasado y el presente.....	76
5. Historiografía y literatura: el papel del lenguaje y el giro lingüístico	78
6. ¿Podemos resignificar los relatos de pasado desde el presente?	79
7. ¿Podemos interrogar el ir y el devenir de la historia supranacional?.....	81
8. Ensanchamiento del presente hasta alcanzar el fin de la historia (sutura de la grieta del tiempo).....	84
9. Ensanchamiento del presente hasta alcanzar su reapertura (la grieta del tiempo que abre el presente)	85
Referencias bibliográficas	86
EL TIEMPO ATRIBULADO. CONCIENCIA HISTÓRICA, IMAGINARIOS FUTURISTAS Y CRISIS TEMPORAL EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO, <i>Rodrigo Escribano Roca</i>	89
A modo de introducción.....	89
1. <i>Estafa al profeta</i> . Una lección chestertoniana sobre el futuro histórico.....	90
2. Sin pasado ni futuro: ¿la edad del presentismo?	96
3. Arcadias identitarias y utopías transhumanistas. <i>Futuromanías</i> y nostalgias de nuestro presente.....	101
A modo de conclusión.....	110
Referencias bibliográficas	112
III. EDUCACIÓN Y CULTURA	
LA TECNOLOGÍA, LA EDUCACIÓN, LOS ESPACIOS:	
¿HEMOS ABANDONADO EL PASADO O NOS HA ABANDONADO ÉL A NOSOTROS?	
EDUCAR ES CONECTAR, <i>Katya Padilla Macías</i>	121
Introducción: Un cambio de escenarios.....	121
1. Una visión sobre educación y cultura a fines del siglo xx.....	122
2. Segregación y desigualdad en el acceso a una educación de calidad.....	124
3. ¿Conecta la educación actual con los intereses de la juventud?	126
4. Prospectivamente: nuevos desafíos para nuevas problemáticas.....	129
Referencias bibliográficas	131
POLÍTICAS SUPRANACIONALES EN EDUCACIÓN: EL ROL DE LA HISTORIA EN LAS ESCUELAS DE CHILE Y ESPAÑA, <i>Gonzalo Andrés García Fernández</i>	133
Introducción.....	133
1. Los proyectos educacionales supranacionales para la formación ciudadana del siglo XXI	138

	<u>Pág.</u>
1.1. El proyecto de formación ciudadana chileno para el siglo XXI en el marco de los estudios supranacionales de IEA-CIVED-ICCS	141
1.2. España en el marco del proyecto educativo de la Unión Europea para el siglo XXI	142
2. Los proyectos educacionales nacionales de Chile y España para la formación ciudadana del siglo XXI	145
3. La historia escolar como herramienta de formación ciudadana	148
4. Conclusiones	149
Referencias bibliográficas	151

IV. ECONOMÍA

EL SIGLO XX FUE DE ECONOMÍA. ¿SERÁ EL SIGLO XXI DE ECONOMÍA, DE TECNOLOGÍA O DE AMBAS?

ECONOMÍA Y TECNOLOGÍA: ¿SUSTITUTAS O COMPLEMENTARIAS?, <i>Ana María Vallina-Hernández</i>	161
Introducción	161
1. Modelos de crecimiento	162
2. Globalización	165
3. Fallas de mercado	168
4. Nuevas tendencias en economía y negocios	174
5. Siglo XXI: ¿economía, tecnología o ambas?	175
Referencias bibliográficas	178

ECONOMÍA, SOCIEDAD Y TECNOLOGÍA EN EL SIGLO XXI, <i>Daniel Sotelsek</i>	181
Introducción	181
1. Contexto actual	181
2. ¿Qué es la prospectiva? ¿Cómo la interpretamos?	184
3. ¿Cómo serán la sociedad y la economía del siglo XXI?	185
4. Tensiones que afectan a la sociedad	188
5. Una propuesta de solución: la economía circular	190
Referencias bibliográficas	192

V. FILOSOFÍA

EL PENSAMIENTO SIEMPRE HA SIDO PROVOCATIVO: ¿CUÁN PROVOCATIVO PARA ROMPER UN MUNDO DE PRODUCTORES Y CONSUMIDORES?

UNA REFLEXIÓN SOBRE PROSPECTIVA Y EL ACTUAR EN LA SOCIEDAD DE CONSUMO, <i>Arturo Chicano Jiménez</i>	197
Introducción	197

	<u>Pág.</u>
1. ¿Qué es más prospectivo que una insinuación?.....	198
2. ¿Demorar, detener el tiempo o avanzar prospectivamente?.....	201
3. Prospectivamente: algunas consideraciones para seguir pensando.....	203
¿CUÁN PROVOCATIVO PUEDE SER HOY EL PENSAMIENTO?, <i>Julio Seoane Pinilla</i>	205
1. La Historia como una historia.....	205
2. Prospectiva y crítica social.....	208
3. Recordando al poeta —que no al profeta—.....	211
4. Dos ejemplos y una queja ante los odres añejos.....	215
Referencias bibliográficas.....	218
VI. CIENCIA E HISTORIA	
¿CÓMO TRANSFORMAN EL ESPACIO LA SOCIEDAD Y LA ECONOMÍA?: UNA ZONA DE SACRIFICIO Y OTRA DE TRANSFORMACIÓN RADICAL DEL MEDIO AMBIENTE TRADICIONAL AGRÍCOLA	
¿INTELIGENCIA ARTIFICIAL O INTELIGENCIA HUMANA? REQUERIMIENTOS DE LA CIENCIA PARA LA CONSTRUCCIÓN DEL FUTURO, <i>María Fernanda Cavieres Fernández</i>	221
Introducción.....	221
1. Modelos experimentales en la época de la inteligencia artificial.....	222
2. Los dilemas bioéticos del avance científico.....	225
3. Zonas de sacrificio en el contexto de la inteligencia artificial.....	228
4. ¿El futuro es ciencia ficción?.....	229
5. Pensando el futuro en época de pandemia.....	230
6. Para finalizar.....	231
Referencias bibliográficas.....	232
EL DESARROLLO DESIGUAL Y CONTRADICTORIO MANIFESTADO ESPACIALMENTE EN EL SUR DE CHILE, <i>Fabián Almonacid Z.</i>	235
Introducción.....	235
1. La desigualdad mundial y la situación en Chile.....	237
2. La desigualdad expresada espacialmente.....	242
3. El desarrollo desigual y contradictorio en San Juan de la Costa.....	245
4. Presente y futuro de los espacios rurales.....	254
Referencias bibliográficas.....	257
SOBRE LOS AUTORES.....	261

PRESENTACIÓN

Vivimos cada día en el presente individualmente y desconectados del futuro y del pasado. Pasamos la jornada mirando las pantallas de nuestros teléfonos inteligentes en la creencia de que estamos más informados, cuando en realidad leemos y escuchamos lo que las redes sociales nos seleccionan previamente en función de nuestros gustos. Hablamos menos. Hemos dejado de intercambiar ideas, de dialogar, de escuchar al otro y de confrontar sus percepciones con las nuestras. Hemos dejado de aprender, de crecer intelectualmente. Vivimos en la caverna de Platón, pero ahora la novedad es que las pantallas de los ordenadores y tabletas han sustituido a las sombras proyectadas en el muro que llegaban a las personas encadenadas en el fondo. Vivimos en un mundo de ficción, desconectados unos de otros, viendo sombras. Vivimos anclados en el presente pues hemos dejado de confiar en el futuro.

Se nos dice una y otra vez que las nuevas generaciones tendrán una vida peor que la de quienes nacimos a mediados del siglo XX; que será difícil volver al pleno empleo y que la informalidad y el «trabajo creativo» serán las formas laborales comunes en las próximas décadas; que se acabará con el modelo de la sociedad del bienestar porque es insostenible. Se nos dice que no se puede seguir financiando la sanidad, la educación, las pensiones, la policía, los servicios sociales; que la solución es privatizarlo todo. Se nos trata de convencer de que el Estado es el gran problema por promover y permitir la corrupción, por poner trabas a la competencia mediante decisiones políticas (impuestos, barreras, regulaciones), por haberse convertido en una barrera en el libre juego entre la oferta y la demanda, por ser el gran enemigo del mercado. Se nos bombardea en los medios de comunicación con la amenaza apocalíptica de que las grandes masas de migrantes pobres del Sur están invadiendo a los países ricos del Norte, urgiéndonos, por tanto, a levantar altas murallas físicas en las fronteras y a establecer barreras conceptuales como la xenofobia. Se nos intenta persuadir de que en el mundo occidental de la modernidad y del progreso del siglo XXI no caben la barbarie y la incivilización del resto del planeta. Se nos anima a que volvamos a la guerra de las banderas y a la excitación de los nacionalismos que tantos millones de muertos causaron en la Primera y Segunda Guerra Mundial. Como consecuencia, las opciones más racistas y extremistas han resurgido triunfantes del fondo del armario para retomar las tesis supremacistas que provocaron genocidios conocidos. Se nos exhorta a que, ante el aumento de la desafección política y el descrédito de

los dirigentes populistas de tan probada y reducida capacidad intelectual y escaso sentido de Estado, retornemos a las formas autoritarias porque son las únicas capaces de garantizar el orden. Se nos inocular un miedo universal para que aceptemos que no hay futuro, que debemos acostumbrarnos a vivir el presente de la mejor forma posible, pues no existe otra opción.

La última vuelta de tuerca de estas narrativas apocalípticas ha llegado con la crisis del coronavirus. Se nos dice que debemos vivir aislados en nuestras casas y conectados solo por internet para evitar los contagios. Se establece el cierre de fronteras entre los países. Es imperativo intensificar la higiene, lavarnos las manos, utilizar mascarillas y guantes. Se decreta el estado de alarma para impedir que salgamos a la calle. Se publican fotos alarmantes de personas protegidas por batas, gafas, mascarillas, guantes y botas, luchando contra algo que no podemos ver. Es evidente que nadie se ha inventado la COVID-19 para crear una alarma mundial. Las tesis paranoicas conspirativas no son más que cortinas de humo. No hay duda de que hay que parar la cadena de contagios. Es la estrategia que han decidido «expertos científicos sanitarios» para combatir la pandemia. Se nos dice que no son tiempos de disensos, que debemos actuar al unísono, que es un problema coyuntural y que todos hemos de obedecer al pie de la letra las indicaciones de los gobiernos centrales. La policía anuncia con megáfonos por las calles que no está permitido salir de nuestras casas sin motivo justificado y, de hacerlo, nos arriesgamos a sufrir sanciones y detenciones. No es tiempo de ideologías. Si nos hubieran contado hace diez años que íbamos a contemplar esta distopía con nuestros propios ojos en vivo y en directo, no lo hubiéramos creído. Pero aquí está. Solo hace falta mirar la televisión, escuchar la radio o leer los periódicos.

Y no se trata de imágenes locales o nacionales. El coronavirus está por doquier. En todos los continentes: las mismas medidas, una vez más, después de siglos, enfrentados al «enemigo invisible» de la historia, como lo definió hace un par de décadas el historiador Carlo Cipolla al referirse a los estragos de las pestes sufridos por las principales ciudades italianas en el siglo XVI. También han comenzado a circular comentarios, ensayos, artículos, anecdóticos, que recuerdan la peste negra pero, especialmente, los miedos y angustias sociales de un pasado que, aunque se creía aniquilado, todavía está presente en los pisos más profundos e interiores de la mente y la existencia humanas. La situación es más concreta: se trata de la ubicuidad absoluta de la globalización que ya no es solo intercambio o consumo de productos, sino también miedos, incertidumbres. Otra vez, irrupción del pasado, paralización del presente, desconfianza y negación del futuro. En una columna periodística reciente, Jean Palou Egdaguirre cita a la socióloga de Columbia, Sassia Sassen (Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales), que define la situación de la pandemia en términos de su particularidad, a saber, que nos afecta a todos: «Es como si nosotros no existiéramos para este invasor, ni nos nota, y nuestros instrumentos para responder y protegernos no sirven. Es algo nuevo y distinto, que no podemos combatir con nuestros tanques y aviones. Nos está obligando a ver una nueva realidad donde nuestros instrumentos de combate no sirven para nada».

¿Hemos llegado al final de la Historia? (Fukuyama *dixit*). ¿Es tiempo de resignación y nostalgia? Ante la ausencia de proyectos de futuro, ¿la solución

es recuperar las utopías del pasado? ¿Son tiempos de retrotopía según Zygmunt Bauman? Creemos que no.

El coronavirus existe y hay que combatirlo con todas las medidas que sean oportunas y además debe hacerse de forma unitaria. Esto no está en discusión. Lo que debemos analizar es el relato que se ha fabricado, pues lo que está sucediendo en el mundo es grave. La crisis del coronavirus no es el problema, sino una consecuencia. Hay que luchar contra la COVID-19 para salvar vidas con todas nuestras fuerzas, sin duda, pero hay que levantar al mismo tiempo la mirada para obtener una visión de mayor alcance. El problema del que poco se habla es que el proyecto de la modernidad y el progreso que guió los destinos de Occidente durante los siglos XIX y XX parece estar llegando a su límite y no contamos con un plan alternativo. En 2020 está quedando claro que la ciencia no es capaz de controlarlo todo; no es tan infalible como se pensaba. Volvemos a convertirnos en seres humanos percederos, como lo hemos sido siempre. De ahí la inquietud que ha generado el coronavirus. Nos ha fallado el escudo protector de la ciencia en el que confiábamos y hemos regresado al pánico que suscitaban las pestes medievales. No por casualidad algunos presidentes sacan amuletos y estampitas como las herramientas más fiables para combatir esta enfermedad viral. Volvemos a las creencias salvíficas y los rituales para librarnos del mal. El futuro, en lugar de ilusionarnos, nos aterra.

Nos hemos quedado sin un futuro por el que luchar y con el que soñar —como dijo Patxi Lanceros—, y puesto que no existe confianza en el porvenir, miramos nostálgicamente al pasado para encontrar algún asidero con el que combatir la intranquilidad que nos invade. Pero aquí surge otro problema. Los historiadores sabemos que las narrativas historiográficas nacionalistas fueron inventadas —«imaginadas», en palabras de Benedict Anderson— en el siglo XIX para crear las naciones que no existían a fin de legitimar los Estados nacientes. Por consiguiente, mirar al pasado no es una experiencia en modo alguno neutral: en realidad, lo que estamos haciendo es depositar nuestra confianza en proyectos de futuro que se construyeron en un momento determinado, con unos intereses concretos y en entornos internacionales precisos. Son narrativas historiográficas obsoletas de un pasado que se fue. Por fortuna, historiadores como José Álvarez Junco, Tomás Pérez Vejo o Henry Kamen nos recuerdan que las historias nacionales fueron relatos contruidos para fortalecer los sentimientos patrióticos cuando no existía la nación, y también contamos con buenos prospectivistas cuya labor no consiste en imaginar, a modo de adivinos, qué pasará en los próximos años, sino en crear el modelo de sociedad al que aspiramos y en determinar cómo deberíamos actuar para alcanzarlo. No lo tenemos todo perdido.

En suma, estamos condenados a vivir en un presente ubicuo, sin futuros ni pasados ciertos en los que confiar, y ahora debemos hacerlo de forma aislada en nuestras casas. Por eso se ha extendido mundialmente la pandemia del coronavirus. Nos preocupa y ocupa solo el día a día. Nuestra respuesta inmediata es acumular tantos alimentos como podamos en nuestras casas hasta que pase la tormenta. Actuamos de forma individual y poco solidaria. Pero sabemos que esta pandemia no es la primera ni será la última en la historia de la humanidad. Lo inquietante no son solo las víctimas que un virus pueda causar (cada ser humano

merece un respeto infinito), sino comprobar que vivimos en un momento histórico en el que se ha licuado el espíritu crítico. Nos ha faltado imaginación. Que démonos en casa, como nos piden que hagamos las autoridades sanitarias para evitar la extensión de los contagios, seamos solidarios, pero abramos además las ventanas para intercambiar ideas. No estamos en el apocalipsis. Existen tantos escenarios de futuro como podemos imaginar. Somos libres. No nos dejemos atrapar por metarrelatos simplificados y reduccionistas. Recordemos que cuando hayamos vencido al coronavirus, los indignados de todas las partes del mundo (Hong Kong, Chile, Francia, Italia, México, Venezuela, Brasil, Estados Unidos, Cataluña, Escocia) volverán a inundar las calles de las más importantes ciudades y a cortar las carreteras reclamando un planeta más limpio, mayor dignidad de las personas, precios y salarios más justos, menos corrupción, mejor conexión entre gobernantes y gobernados, eliminar los monopolios, una mejor sanidad y educación públicas, erradicar la violencia de género y un largo etcétera. El mundo volverá a ser el mismo. Una vez recuperada la salud del planeta, tendremos de nuevo que centrar nuestra atención en la resolución de los grandes problemas pendientes.

Cuando se programó la realización de este IV Coloquio, intuíamos algunas de estas inquietudes y problemas, pero nos faltaba información. Con el título de «Historia y prospectiva» nos reunimos un conjunto de académicos de diferentes disciplinas para cruzar nuestras miradas y aprender unos de otros. Lo interesante es que una vez que terminamos la reunión en Valparaíso el día 15 de octubre de 2019 y estábamos ya regresando a nuestros países respectivos, nos encontramos con que el viernes 18 de octubre un movimiento de indignación descomunal se había desatado en las más importantes ciudades de Chile. En aquel coloquio no fuimos capaces de predecir este movimiento, pero sí tuvimos constancia de que algo se estaba tramando en las capas más profundas de las sociedades a lo largo y ancho del mundo una vez que se habían desestabilizado muchos de los equilibrios inestables (oxímoron) en los que nos habíamos acostumbrado a vivir. No era una lucha de los estudiantes contra el precio de las matrículas; no era un regreso de las consignas comunistas, como algunos quisieron hacernos creer para desacreditarlo; no era una protesta por la subida del precio de los viajes en metro; no era el desprestigio de un presidente. Era mucho más. Era la voz alta y clara de hartazgo y de indignación de millones de personas al constatar que no habían sido invitadas al banquete. Como no tenían mucho que perder, se lanzaron a las calles. No eran jóvenes que como «perros vagos» (así se llaman a los perros sin dueño en Chile) deambulaban por las calles sin rumbo. Su reclamo era recuperar la confianza en el mañana.

El fenómeno, crisis social, estallido social, como fue denominado generalizadamente, se extendió hasta el mismo mes de marzo de 2020. Pasó por diversas etapas, se sucedieron una serie de prioridades en una agenda social determinada por las redes, sin rostros, sin autores políticos o intelectuales. A mediados de noviembre de 2019, los políticos debieron actuar y concertaron un acuerdo nacional que se comprometía a convocar un plebiscito para redactar una nueva Constitución. Las demandas atribuidas a los grupos de menos recursos (aumento de salarios, pensiones más dignas, mayores y mejores derechos de salud) queda-

ron relegadas a un segundo sector de interés. La política (con mínima valoración, incluso menor que la del Ejecutivo) se refugió en el Congreso Nacional y volvió a respirar, utilizando votos para mantener la Presidencia de la República encapsulada y con muy pocos espacios de acción. Por otra parte, lo que no dejó de estar presente fue la violencia en las calles: barricadas, destrucción de las instalaciones públicas, incendios de edificios e iglesias, ataques permanentes a instituciones policiales, saqueos de supermercados y farmacias, destrucción de tiendas y comercios al detalle. Frente a ello, surgieron acusaciones a los carabineros (la policía nacional) por atentados contra los derechos humanos por muchas acciones que sí ocurrieron. Hubo discusión nacional e internacional por los derechos humanos, no por las causas de lo que estaba sucediendo. La violencia se sentía protegida por dicha discusión y por sectores políticos institucionalizados que la amparaba indirectamente a través de sus discursos o de ambiguas declaraciones al respecto.

¿Podíamos imaginar este escenario en nuestra reunión de octubre de 2019, una semana antes de que se desencadenaran los hechos que llevaron a Chile a una de sus crisis más notables y profundas de todo el siglo xx? La democracia chilena estuvo a punto de ser un capítulo más de la historia nacional. Sobrevivió a lo largo de cinco meses por la inseguridad y la poca certeza de algunos de los participantes políticos de que podían tener éxito en romper la institucionalidad y construir rápidamente nuevos espacios de poder. ¿Y qué pasó? Cuando nadie veía claridad sobre el futuro próximo e inmediato, el Colegio Médico de Chile reunió a la gran mayoría de los partidos políticos del país, les presentó la magnitud del problema del coronavirus y los convenció, rápidamente, en una sola reunión, de que el problema no era político o social, sino de sobrevivencia. El plebiscito sobre la Nueva Constitución, que estaba programado para fines de abril de este año 2020, fue aplazado hasta octubre del mismo año, y el Estado entró en el supuesto control y administración de la pandemia como principal política pública. De vivir una estimulante experiencia prerrevolucionaria, se pasó a ser parte de un mundo que tiene otras preocupaciones y otras prioridades.

Reunidos en Valparaíso, a una semana de que los acontecimientos se precipitaran, ¿podíamos pensar en lo que se nos venía encima? No en términos específicos. En Chile, eran muchas las voces que se habían pronunciado sobre el particular y desde hacía mucho tiempo. El regreso a la democracia, a comienzos de la década de 1990, había traído muchas ventajas, resultados positivos, avances sociales importantes en términos de reducción de la pobreza, mayores accesos al consumo, a la educación (aun cuando no necesariamente a la calidad de la misma), pero también se había producido un aumento creciente de las desigualdades de todo tipo y se había acentuado una grave diferenciación indiscutible entre los extremos sociales del país. Era, por lo demás, lo que ocurría en el mundo occidental. Los descontentos crecientes en las nuevas sociedades redemocratizadas en el centro y este de Europa; la crisis de 2008-2009, la primavera árabe, los indignados europeos, todos fenómenos que se extendían por todas partes. Pero se trataba de la historia que conocemos, de una economía con crecimientos desiguales e inestables, con descontentos sociales no para destruir el sistema, sino para conseguir mejores niveles de salarios y mayores accesos a los beneficios

materiales, formando parte de las instituciones y de las estructuras políticas. Así pensábamos que era la situación en Chile. Sabíamos que la paciencia social se hacía más corta y tensa, pero no podíamos aventurar que estábamos parados en la cornisa de la siempre imprevista rompiente histórica.

En todo caso, sí cabía pensar —intelectualmente— que algo podía suceder. Cada año, con muchos meses de anticipación (de hecho, apenas terminamos con el coloquio anual que nos reúne alternativamente en Alcalá y Valparaíso), nos ponemos a pensar en la nueva temática que nos ocupará a continuación. Concluida nuestra reunión sobre informalidad e historia (Alcalá de Henares, 2018) y a partir de las problemáticas, dudas y proyecciones que surgieron en esa oportunidad, decidimos que debíamos entrar a dialogar sobre lo que venía. No lo concebimos en términos demasiados particulares o específicos respecto a un tema determinado, sino que acordamos cerrar los ojos por un instante, tratar de visualizar el mañana, imaginar dónde estábamos y, en síntesis, hacer prospectiva. Nos sentíamos motivados y muy entusiasmados por haber creado un grupo de pensamiento y reflexión que no es solo acerca de la historia, sino interdisciplinario, es decir, formado por personas, intelectuales, académicos, que viven el presente, que lo sienten y, a veces, lo sufren, pero que no ignoran ni el pasado ni el futuro.

Así pues, consideramos que fue un acierto llamar a nuestros colegas a pensar sobre historia y prospectiva. Discutimos el término, no somos profetas ni adivinos; no vamos a descifrar lo que viene en términos particulares, pero sí nos permitimos defender que tenemos la capacidad suficiente (e histórica) para presentar nuestras preocupaciones y romper con la clásica relación lineal de una historia pasado-presente-futuro, de causas y consecuencias puramente encadenadas, para decir que el pasado se puede saltar el presente y que lo que pensamos en presente no necesariamente es lo que ocurrirá en el futuro. Más aún, de poder a lo menos interrogarnos acerca de lo que hoy es mucho más que una posibilidad: de que el futuro ya exista, y no solo en forma subyacente, en nuestro propio presente.

Volvamos, muy rápidamente al caso de Chile, no por su excepcionalidad ni mucho menos, sino por haber sido el espacio de nuestra reunión de octubre de 2019. Se estima que entre octubre de 2019 y marzo de 2020, el estallido social, más precisamente, la violencia de grupos muy minoritarios, pero muy activos (con un Estado débil y poco resolutivo), destruyó alrededor del 40 por 100 o más de la pequeña industria y el comercio, llevando a la cesantía forzada a miles de trabajadores dependientes del sector. ¿Resultados en términos económicos o propiamente sociales? Prácticamente nulos. La experiencia es reflejo de que las sociedades, en general, siguen viviendo en pasado y que vuelven a insistir en que las soluciones están en las experiencias del pasado. No se dan cuenta de que todo va cambiando, que las escenas, las imágenes, las decisiones, ya no son para solucionar el siglo XX, sino que están encaminadas a hacer transitable el siglo XXI. En los últimos meses, Chile actuó para el siglo XX y, de repente, especialmente sus líderes políticos, desde la derecha más tradicional hasta la izquierda que quiere ser más dura, se encontraron con el enemigo invisible: un virus que actúa a escala mundial y que no tiene una identificación política, menos aún una ideología determinada. No es el pasado, es el futuro, aquí, en el presente.

No nos equivocamos. En Valparaíso, no discutimos sobre el estallido social chileno ni sobre el coronavirus. No eran realidades, pero sí potencialidades. Seguramente, ya estaban presentes. No lo sabíamos y, por tanto, nuestras sociedades estaban en donde solían estar. Hoy, al parecer, la situación es diferente, y casi la única certeza de la cual se habla es que la humanidad, superada la crisis, será otra. No sabemos si será más solidaria y menos individualista, pero sí podríamos aventurar que tendremos mayores niveles de control y más sujeciones en nuestras vidas personales. Nuestras reflexiones estuvieron en el lugar y el tiempo adecuados. No perdimos tiempo, sino que lo ganamos. Cuando estamos preparando en marzo de 2020 las ponencias de dicho IV Coloquio para la imprenta y disponemos de información detallada sobre cómo se han acelerado los acontecimientos desde aquel octubre de 2019 (Brexit, coronavirus, revueltas de Hong Kong, Chile, Francia, reclamación de independencia de Cataluña, elecciones en Estados Unidos), nos percatamos de la profundidad de los debates que mantuvimos.

Desde su inicio en 2015, el Programa Interuniversitario de Estudios Hispano-Chilenos, establecido entre la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso y la Universidad de Alcalá con la misión de reflexionar sobre los problemas actuales de las sociedades de Chile y España desde una perspectiva interdisciplinar de largo plazo y fomentar un espíritu crítico capaz de ofrecer soluciones a los retos con los que nos enfrentamos, ha organizado cuatro coloquios internacionales con el respaldo de los rectorados de ambas universidades y la colaboración de la Embajada de Chile en España, la Fundación Chile-España y el Banco Santander. La coordinación de dichos coloquios ha recaído en los profesores Eduardo Cavieres Figueroa (PUCV) y Pedro Pérez Herero (UAH). El I Coloquio Internacional se celebró el 26 de octubre de 2016 en Alcalá de Henares con el título de «Estado, universidad y empresa en Chile y España». El II Coloquio Internacional se celebró el 10 de octubre de 2017 en Valparaíso con el título de «Orden global, crisis del Estado liberal, sociedades fragmentadas». Las ponencias y las discusiones de aquel coloquio fueron publicadas en el libro coordinado por Eduardo CAVIERES FIGUEROA y Pedro PÉREZ HERRERO titulado *¿Sin pasado ni futuro? El presente pensado desde la historia y las ciencias sociales* (Madrid, Marcial Pons-IELAT, 2018). El III Coloquio tuvo lugar en Alcalá de Henares los días 8 y 9 de noviembre de 2018 con el título de «Informalidad. Pasado, presente y futuro». Los resultados de las ponencias y los debates se recogieron en el libro titulado *Informalidad e historia. ¿Precarización u oportunidades?*, coordinado por Eduardo CAVIERES FIGUEROA y Pedro PÉREZ HERRERO (Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, 2019).

Asimismo, en el seno del Programa Interuniversitario de Estudios Hispano-Chilenos se ha impulsado la realización de varias tesis doctorales. Gonzalo Andrés GARCÍA FERNÁNDEZ defendió su tesis con el título de «Historia, educación y formación ciudadana, 1980-2017. Un estudio comparado en escuelas públicas de Alcalá de Henares (España) y Viña del Mar (Chile)», bajo la dirección de los profesores Eduardo CAVIERES FIGUEROA y Pedro PÉREZ HERRERO, en la Universidad de Alcalá, el 24 de septiembre de 2019, y obtuvo la calificación máxima. En la actualidad están desarrollando sus tesis doctorales Felipe Orellana, Pablo Guerrero Oñate, ambos de Chile, y Josué Vaval, de Haití.

El presente libro reúne las ponencias que se presentaron y discutieron en el IV Coloquio Internacional del Programa Universitario de Estudios Hispano-Chilenos que, estructurado en seis grandes bloques temáticos (Historia, Historiografía, Educación y cultura, Economía, Filosofía, Ciencia e Historia), llevó por título «Historia y prospectiva». Como ya se ha señalado, se celebró en Valparaíso (Chile) los días 14 y 15 de octubre de 2019, organizado por el Programa de Estudios Iberoamericanos de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso (PUCV) y el Instituto Universitario de Investigación en Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Alcalá (UAH), con el apoyo de la Fundación Chile-España y el Banco Santander.

Anunciamos que el V Coloquio tendrá lugar en la Universidad de Alcalá en el otoño de 2020. Centraremos nuestras discusiones, cruzando siempre nuestras miradas interdisciplinarias desde Chile y España, sobre el tema de la libertad y la solidaridad en el mundo global que nos ha tocado vivir.

Terminamos agradeciendo a todos los autores su participación en el Coloquio de octubre de 2019 y pidiéndoles disculpas por haberlos apremiado para que nos remitieran sus textos revisados a sabiendas de que tendrían que trabajar en condiciones laborales complicadas por el cierre de las instalaciones universitarias en Chile y España debido a la crisis de la COVID-19. Gracias a la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso y a la Universidad de Alcalá. Gracias al Banco Santander y a la Fundación Chile-España. Gracias a todas las personas que hicieron posible la celebración de esta reunión de reflexión crítica. Gracias a quienes participaron por disentir y negarse a seguir obediendo consignas. Gracias por pensar.

Valparaíso-Alcalá de Henares, 16 de marzo de 2020

Eduardo CAVIERES FIGUEROA

Pedro PÉREZ HERRERO

I. HISTORIA
**¿QUÉ NOS DICE EL PASADO SOBRE
EL FUTURO?**

EN PROSPECTIVA: LA TRANSICIÓN PRESENTE-FUTURO, ¿ROMPIENTE O *CONTINUUM*?

Eduardo CAVIERES FIGUEROA

En octubre de 1996, Immanuel Wallerstein reflexionaba, como tantas veces antes, sobre la modernidad. Una modernidad exitosa por lo menos durante ciento cincuenta años, cuya clave fue la elaboración de la ideología del liberalismo y su aceptación como ideología emblemática de la economía-mundo capitalista.

Originalmente, para el mismo Wallerstein, el gran programa del liberalismo fue crear naciones a partir de los Estados, uniendo a los anteriores súbditos en un pueblo soberano y transformándolos en ciudadanos a través de grandes instituciones unificadoras como el sistema educativo y las fuerzas armadas. Este orden, siempre fragmentado, comenzó a desmoronarse a partir de 1960, cuando el mundo había cambiado en dos sentidos: «La modernidad de la tecnología había transformado la estructura social mundial en forma tal que amenazaba con desestabilizar los apuntalamientos de la economía-mundo capitalista, y la historia ideológica del sistema mundial era ahora cierta memoria que afectaba la capacidad habitual de los estratos dominantes para mantener la estabilidad política de ese sistema» (WALLERSTEIN, 1996).

De allí en adelante llegaron el colapso de los comunismos; el desastre ecológico con agudo problema económico; la brecha demográfica Norte-Sur, acentuada y exteriorizada a través de movimientos migratorios en todos los sentidos; la nueva ciencia, la ciencia de la complejidad; la historización del mundo natural y de todos sus fenómenos. Y surgieron una nueva ciencia no lineal; una tecnología desarrollada en la línea temporal, así como las humanidades y ciencias sociales posmodernas como forma de rechazo a la modernidad de la tecnología en nombre de la modernidad de la liberación.

En ese año de 1996, Wallerstein advertía:

El moderno sistema mundial está llegando a su fin. Se requerirán, empero, otros cincuenta años de crisis terminal cuando menos, es decir, de «caos», antes de que vea-

mos emerger un nuevo orden social [...]. Nuestra tarea por ahora, y en los próximos cincuenta años, es una *utopística*. Es la tarea de imaginar y bregar en la creación de ese orden social nuevo, porque ciertamente nada asegura que del fin de un inequitativo sistema mundial, emergerá uno mejor. Hoy necesitamos definir las instituciones concretas por medio de las cuales la liberación pueda expresarse finalmente. Hemos vivido a través de su expresión simulada en el sistema mundial existente, en el que la ideología liberal intentó convencernos de una realidad contra la que, de hecho, peleaban los liberales: la realidad de una creciente igualdad y democracia. Y hemos vivido a través de la desilusión de los fallidos movimientos antisistémicos, que en sí mismos fueron más parte del problema que de su solución (WALLERSTEIN, 1996).

Desde los inicios de este nuevo siglo XXI, todo se ha acelerado. El mercado se ha terminado imponiendo sobre el Estado. El Estado se ha deteriorado, pero mantiene discursos del pasado. Los ciudadanos son críticos con el Estado, pero buscan de él una protección económica que cada vez es más limitada. El mundo que conocíamos ya no existe. Las relaciones entre generaciones acrecientan sus distancias y las que corresponden a grupos similares se debilitan por falta de lenguajes y redes de solidaridad. Existe demasiada materialidad a nuestro alrededor, pero se carece de sentimientos de humanidad. La crisis no es total, pero influye sobre la economía, las instituciones, las personas. La historia ya no es creíble, pero subsiste con un discurso cada vez menos cercano a la sociedad y se convierte en el ejercicio de un círculo de iniciados. La Universidad ha dejado parte importante de sus funciones de formar, pensar, debatir y construir, y es un ente cada vez más funcional a lo coyuntural, a la política y a la economía. Nuestro ordenamiento social, liberal, ha estado definido, en su ejecutoria, por el concepto y la búsqueda de una realidad democrática. De hecho, en opinión de RUCIMAN (2019: 10-12), «nuestras imaginaciones políticas están ancladas en imágenes obsoletas del aspecto que suponemos y asociamos a una caída de la democracia. Estamos atrapados en el paisaje del siglo XX —aún más—, la pregunta adecuada para el siglo XXI es la de cuánto podemos persistir con unos elementos institucionales en los que nos hemos acostumbrado a confiar sin darnos cuenta de que ya han dejado de funcionar». Entre esos elementos se encuentran las elecciones periódicas, los parlamentos, el poder judicial independiente y la prensa libre.

En paralelo, o aún en el inconsciente individual o social, tres son los problemas mayores que se anuncian como ya gestados en este momento: el cambio demográfico, el cambio climático y el cambio tecnológico, ya convertido en inteligencia artificial. Antes de fallecer, Steven Hawking ya no solo pensaba y escribía sobre las estrellas o el universo, sino que quería sumarse al reclamo de aquellos que buscaban acciones inmediatas ante los desafíos clave de nuestra comunidad global. Esperaba que en el futuro (no lejano) las personas con poder pudiesen mostrar creatividad, coraje y liderazgo, y advertía:

Durante los últimos veinte años, la inteligencia artificial se ha centrado en lo relativo a la construcción de agentes inteligentes, nociones estadísticas y económicas de racionalidad.

El desarrollo de la investigación de laboratorio a tecnologías económicamente valiosas producirá un círculo virtuoso de aumento de los rindes económicos y nuevas investigaciones.

La inteligencia artificial aumenta en forma sostenida y su impacto en la sociedad aumenta con beneficios en la erradicación de enfermedades y de la pobreza.